

Congreso Iberoamericano de Educación

METAS 2021

Un congreso para que pensemos entre todos la educación que queremos
Buenos Aires, República Argentina. 13, 14 y 15 de septiembre de 2010

DOCENTES

RETOS Y REALIDADES DEL TRABAJO ACADEMICO UNIVERSITARIO.

Elvia Dolores Castillo¹
Griselda Vélez Chablé²

¹ Facultad de Pedagogía-Xalapa de la Universidad Veracruzana (México). elcastillo@uv.mx

² Facultad de Pedagogía-Xalapa de la Universidad Veracruzana (México). gvelez@uv.mx

RESUMEN

El marco universitario por definición brinda un espacio de realización con autonomía y apertura, para que quienes intervienen en ella expresen sus ideas y desarrollen los roles que les conciernen. El resultado es complejo por el hecho de que la universidad alberga campos disciplinarios diversos, en donde sus académicos también deben trabajar por fines comunes. Saberes, experiencias, motivaciones, valores, creencias, etc., son compartidos, contribuyendo así la conformación de una cultura académica que integra la diversidad con propósitos comunes.

Actualmente, podemos decir que la cultura académica universitaria está siendo en esencia violentada por una serie de criterios propuestos externamente para dirigirla hacia la calidad del trabajo personal e institucional. En este escenario tienen presencia los programas de acreditación, de estímulos al trabajo académico, el otorgamiento de becas e incentivos, la asignación de plazas, etc

¿Cómo viven actualmente los académicos estas condicionantes? ¿Se ha llegado a desvirtuar el auténtico interés académico de los universitarios? ¿Qué tanto los grupos disciplinarios se han visto permeados por criterios de agrupamiento, concepción del trabajo académico y evaluación que atentan contra sus propios valores? ¿Por qué como consecuencia se alienta cada vez más la cultura académica de la simulación?

Todas estas interrogantes nos colocan en situación de abordar urgentemente el problema de la reivindicación del trabajo académico, de pugnar desde los diversos espacios universitarios por la conformación de comunidades disciplinares convergentes (Becher, 2001) y de redes ligadas interna y externamente por una ideología que promueva solidaridad, democracia y respeto por la diversidad, hacia la consolidación de una cultura académico universitaria cada vez más comprometida con la sociedad y con su tiempo, que ante todo pugne por reposicionar los valores humanos y fortalezca la presencia de la autonomía universitaria como elemento imprescindible de la razón de ser de la universidad pública.

Palabras clave: Cultura académica, académicos, multicultural disciplinaria, universidad.

1. INTRODUCCIÓN.

El trabajo que en este caso presentamos, se centra en nuestra preocupación por los procesos de deterioro de la vida académica que evidentemente se muestran en los espacios de convivencia universitaria y en los modos en cómo muchos universitarios se incorporan en una lógica a todas luces apartada del auténtico interés académico, para transitar funcionalmente hacia la búsqueda del reconocimiento que las políticas vigentes traducen en incentivos económicos y en un supuesto prestigio. Partimos de preguntarnos ¿Cómo viven actualmente los académicos estas condicionantes? ¿Se ha llegado a desvirtuar el auténtico interés académico de los universitarios? ¿Qué tanto los grupos disciplinarios se han visto permeados por criterios de agrupamiento, concepción del trabajo académico y evaluación que atentan contra sus propios valores? ¿Por qué como consecuencia se alienta cada vez más la cultura académica de la simulación?

Todas estas interrogantes nos colocan en situación de abordar urgentemente el problema de la reivindicación del trabajo académico en el marco del reconocimiento de las tendencias de la realidad actual y la naturaleza de este tipo de actividad, la complejidad de los referentes de sus actores, la dinámica y los modos especiales de relacionarse, así como las tendencias de la realidad institucional y política en que se desenvuelven.

En primer lugar exponemos el papel de la universidad y sus actores, para proceder a abordar la naturaleza de la cultura académica universitaria en la que destaca una condición de diversidad cultural, de lo cual deriva el reconocimiento de las culturas disciplinarias, para desde ahí arribar a las políticas que median en el deterioro de esta cultura académica.

2. LA UNIVERSIDAD Y SUS ACTORES.

Por excelencia, sabemos que la Universidad se reconoce como generadora de trabajo en el campo de la docencia, la investigación y la extensión y difusión de la cultura, funciones básicas que constituyen su propia esencia y que la justifican en cualquier contexto. Así es que cuando se habla de formar a un nuevo hombre, con capacidad para enfrentar y superar su deterioro como tal y el de su medio, un hombre creativo, innovador, decisor, responsable, tolerante ante la diversidad, etc., nos vemos precisados a pensar en una universidad capaz de dar respuesta a esas demandas, cuestión que sólo es factible si se trabaja por construir escenarios presentes y futuros que hagan viables todas estas aspiraciones.

La autonomía es una de las condiciones que por definición han dado razón de ser a las universidades públicas, pero que eventualmente es vulnerada toda vez que poco es asume en su real sentido. Frecuentemente se utiliza el argumento de su autonomía para defenderse de fuerzas externas, pero no existe la idea de utilizar la autonomía de las universidades para dar una respuesta crítica y prospectiva a las exigencias externas, o bien, para adecuar la política a las suyas propias, o bien, para responder al gobierno con nuevas iniciativas más adecuadas a las condiciones particulares de la institución (Porter, 2003: 73). Lo anterior ha permitido que la vida académica se vea condicionada por determinantes externas, sin que haya realmente un posicionamiento de sus actores frente a estos embates.

La cuestión de la calidad es otro de los aspectos que a menudo acompaña el discurso relacionado con la función de la universidad actualmente, éste es un discurso muy

manejado en el marco de las políticas educativas. Su connotación ha sido objeto de debate, pareciera que en aras de la calidad el trabajo académico debe mostrar más bien resultados y olvidarse de los procesos. Porter (2003:42) nos alerta respecto a cómo entender la calidad, en el sentido de que se requiere de una estrategia de solidaridad entre generaciones, es decir entre nosotros y nuestros hijos, entre profesores y estudiantes, se requiere de un esfuerzo extraordinario para mejorar la calidad educativa, que corresponde a la calidad ambiental, que es siempre territorialmente específica.

La universidad entonces se debate entre los principios que sustentan su razón de ser y una serie de condicionantes externas, impuestas, que decide la mayoría de las veces enarbolar, ante las que generalmente no tiene alternativa porque se encuentra debilitada internamente.

Entre todos los protagonistas de los procesos formativos que son responsabilidad de la universidad, los profesores universitarios destacan especialmente, en tanto son ejecutores directos del proyecto educativo de la institución. Los docentes se encargan de mediar en procesos en donde existe la necesidad de promover la existencia de una motivación y de un desarrollo integral del aprendizaje, buscando así atender no sólo las esferas cognitivas de los estudiantes, sino también su desarrollo socioafectivo y valoral, aspectos que en este momento se consideran de básica importancia, en tanto constituyen la alternativa de devolver al hombre su condición como tal.

Los profesores sin duda llevan un gran peso y responsabilidad en este proceso de formación de los alumnos, aunque ésta de hecho es propiciada en todos los espacios académicos en que esos estudiantes se desenvuelven al interior de la universidad, rebasando así el mero espacio del aula. Por otra parte, queda claro que el docente no reduce su intervención al salón de clases, dado que participa de la actividad académica que en general dinamiza la vida de una universidad, desde cuyos ámbitos continúa mediando en la formación de los alumnos, amén de que por supuesto contribuye en otras esferas de la producción académica.

En ese proceso de intervención, los maestros ponen en juego todo lo que son y comparten con los demás miembros de la comunidad universitaria su bagaje de referentes: conocimientos, experiencias, motivaciones, valores, creencias, etc., contribuyendo así la conformación de la cultura académica de la institución, que puede ser frágil y endeble o sumamente sólida, desdibujada o con una clara definición, y que al final de cuentas es también resultado de la interacción de todos sus actores en el marco de una concepción de universidad y de unas finalidades, cuyos valores suelen ser enarbolados en la emisión de políticas que derivan en estrategias para determinar el destino de esa universidad.

La universidad generalmente brinda para quienes se involucran en ella un espacio de realización en el que suele existir cierto nivel de autonomía y apertura para que desarrollen sus funciones. El resultado es complejo y diferenciado ya que los campos disciplinarios que atiende la universidad son variados, así como la procedencia profesional de su personal académico, todos ellos se enfrascan en el propósito común de formar en áreas específicas a lo que, por supuesto, también los alumnos y la propia sociedad contribuyen.

3. NATURALEZA DE LA CULTURA ACADÉMICA UNIVERSITARIA.

En el marco de los avatares de un mundo globalizado neoliberal, en donde se ve fuertemente impactada la educación y se ven vulneradas la equidad y la justicia social, la universidad no está exenta de esta problemática, y al igual que otros espacios educativos, la vida al interior de sus instituciones en muchos momentos ve trastocada su ideología, generando cambios significativos en la calidad de sus procesos de trabajo y de convivencia.

Al interior de la universidad se da conformación de una cultura académica a la que se integran los diferentes actores que en ella participan, alumnos, profesores, investigadores y los grupos sociales con los que se relaciona; todos ellos con sus propios referentes, lo hacen altamente complejo este proceso de involucramiento en la vida institucional.

Se define así en la universidad un espacio en el que bulle una gran diversidad de significados, valores y saberes, ante lo cual la institución requiere de propiciar condiciones propicias para la participación de estos actores, respetando la diversidad cultural que los mismos presentan, sin descuidar el desarrollo de los elementos culturales necesarios para favorecer y no deteriorar el quehacer académico específico, que requiere desarrollar la universidad para estar a tono con la función que le concierne como formadora en diferentes campos de conocimiento y ámbitos profesionales, sin abandonar la responsabilidad social con la que está comprometida.

El aspecto que aquí nos interesa, el de los académicos universitarios, nos conduce a no perder de vista lo es propio a la connotación de cultura y enseguida a la diversidad cultural, cuestiones que requiere la universidad asumir necesariamente en todos los espacios de convivencia, sin perder de vista las diferencias culturales que presentan los grupos que, sin embargo, trabajan con un propósito común.

García Canclini (1990) identifica en el hombre moderno una situación de hibridación cultural y la constante presencia de cruces socioculturales. En este orden de ideas, abordar la profesión académica en términos de la existencia de una cultura académica, nos lleva a no perder de vista que una cultura es en sentido amplio una forma de vida, y en sentido restringido son sistemas simbólicos colectivos o conjuntos de valores sociales (Ma. Eugenia Sánchez, 1995: 33). En consecuencia, La cultura constituye la forma en que los seres humanos enfrentan y le dan sentido a su realidad, constituyéndose así en un auténtico estilo de vida.

Por otra parte, se tiene en cuenta que una condición esencial de la cultura es que sea asumida por un grupo, que implique una serie de valoraciones y que tenga una permanencia significativa en el tiempo de existencia de ese grupo. Estos elementos destacan en la conceptualización que al respecto de la cultura hace Camelliri (1985), citado por Teresa Aguado (1995:59):

Cultura es la configuración, más o menos intensamente ligada por la lógica tomada de un modelo, de significaciones persistentes y compartidas, adquiridas por la filiación a un grupo, que le conducen a interpretar los estímulos del ambiente y a sí mismo según representaciones y comportamientos comúnmente valorados; que, además tienden a proyectarse en las producciones y comportamientos y que, en consecuencia, inducen a asegurar su reproducción a través del tiempo

Lo anterior nos conduce a poner en evidencia que el fenómeno cultural se encuentra tipificando los comportamientos de los sujetos, en este caso de los académicos universitarios, y en general toda su forma de percibir e incidir sobre su realidad. Esto sin duda es sumamente importante cuando se aborda el fenómeno multicultural en el plano educativo, ya que significa que los referentes culturales de cada persona estarán permanentemente mediando en su desenvolvimiento cotidiano y que la escuela no puede perder de vista que es justamente a esas demandas de atención a las que debe responder.

De la mano del concepto de cultura surge otro de singular importancia para la comprensión de los fenómenos académicos, que por otra parte presentan como nota esencial la existencia de una diversidad cultural muy significativa, se trata del concepto de identidad, el cual se caracteriza porque hace referencia a una historia y a una utopía compartidas por un grupo humano; a raíces y búsquedas comunes; a un sentimiento de pertenencia; a una ubicación en el tiempo y en el espacio que distingue a otros grupos o sociedades (Ma. Eugenia Sánchez, 1995: 33).

La cultura, sin embargo, así como todos los fenómenos que se relacionan con ella, han sido interpretados desde diferentes posturas, que históricamente coinciden con formas prevalecientes en la vida y el pensamiento humanos; Ramón Flecha (1992) se refiere a la nueva teoría crítica, la cual considera que la cultura es un proceso de comunicación entre iguales, que no es estático, sino resultado de una interacción; teniendo en cuenta que no existen culturas superiores a otras e insistiendo en que debe irse a la búsqueda de equidad en los derechos de las personas en cuanto a igualdad cultural. Para ello, se considera necesario rescatar las potencialidades de las instituciones modernas, las cuales deben permitir a todas las personas adquirir mejores formas de desenvolvimiento y renovar los elementos culturales que satisfagan sus necesidades.

Hay muchos estudios que consideran a los académicos como parte de una profesión homogénea constituyendo así una verdadera cultura, tal es el caso de la universidad, cuya comunidad académica adquiere esta condición. Algunos otros opinan que la profesión académica no existe y que sólo debe hablarse de la profesión con base en la disciplina y que, en todo caso eventualmente, profesionales de diferentes campos pueden compartir entre sí.

Tony Becher (1992:60) aborda esta problemática y plantea que la profesión académica debe ser abordada considerando lo significativo de las tareas intelectuales y de las culturas asociadas con ella, asumiendo que las disciplinas representan un medio necesario e inevitable de organizar el conocimiento.

En este panorama, Baylei (citado por Becher 1992: 56), ha considerado que la universidad es un símil de una "cultura de comunidad", en la cohabitan una diversidad de tribus y, como tales, cada una tiene un lenguaje, una variedad simbólica y su propia forma de interpretar el mundo.

En este panorama, las instituciones educativas tienen una función especialmente importante, que es la de constituirse en un espacio de comunicación colectiva para favorecer el derecho de las personas a lograr aprendizajes, entre los que destaca el interés por aprender de la propia realidad cultural así como de la de otros

4. CONFLUENCIA MULTICULTURAL EN LA CULTURA UNIVERSITARIA.

Asumimos que la cultura académica universitaria no es homogeneizante, y que no debe pretender serlo, entonces la diversidad es una condición necesaria para preservar la naturaleza que la caracteriza. En el seno de la universidad, la democracia se da respetando justamente esta diversidad ideológica, teórica, epistemológica, etc. Y todas las acciones que en ella se emprendan deberían no perder de vista esta cuestión.

En este contexto es que nos interesa abordar el papel de los académicos universitarios, ya que en sus procesos de intervención ponen en juego todo lo que son y también comparten con los demás miembros de la comunidad universitaria su bagaje de referentes: conocimientos, experiencias, motivaciones, valores, creencias, etc., contribuyendo así la conformación de la cultura académica de la institución, que puede ser frágil y endeble o sumamente sólida, desdibujada o con una clara definición, y que al final de cuentas es también resultado de la interacción de todos sus actores en el marco de una concepción de universidad y de unas finalidades, cuyos valores suelen ser enarbolados en la emisión de políticas que derivan en estrategias para determinar el destino de esa universidad.

Ser multicultural es ser consciente y capaz de incorporar y sintetizar diferentes sistemas de conocimiento cultural en uno mismo. Implica un compromiso intelectual y afectivo con la unidad fundamental del ser humano, a la vez que reconoce, legitima acepta y aprecia las diferencias fundamentales entre gentes de diferentes culturas (Adler, 1977 y Wursel, 1988, citados por T. Aguado, 1995).

Adicionalmente, en función de la disciplina a que pertenezcan los académicos, éstos manejarán diferentes formas de interacción social en el trabajo que les corresponde realizar, las cuales se encuentran relacionadas directamente con prioridades, perspectivas, énfasis, conceptos de trabajo, tipo de producción, etc. que le son propios. Todo ello sin duda condiciona el hecho de que la institución brinde los espacios de formación y desarrollo en los que, en mayor o menor grado, se consolida una cierta cultura disciplinaria.

En la universidad se alberga el conocimiento de una diversidad de disciplinas, las que comparten una macrocultura (la universitaria) y a su vez generan sus propias microculturas (culturas disciplinarias), lo que trae como consecuencia la existencia de unas identidades propias, valores, formas de acceder al conocimiento, etc.

La convergencia de tales subculturas (Burton R. Clark, 1991), junto con la cultura del centro escolar como tal, genera una serie de situaciones disímolas, que enfrentan no sólo los estudiantes, sino también los profesores, así como la propia institución, ante una sorprendente y a veces inesperada realidad, para la que deben tenerse alternativas de un manejo adecuado en beneficio de un buen proceso de educativo.

En este contexto, el conocimiento se encuentra especialmente impactado y en torno a él se construyen formas de legitimación, que permiten validar y dar presencia los diversos campos desde los cuales se abordan los problemas de la realidad. Como resultado se crean élites académicas y en contraste se subestiman aquellos que no logran cumplir con los requerimientos legitimados.

Las disciplinas tienen también sus propias identidades y atributos culturales que le son propios, el sentimiento de pertenencia de un individuo a su tribu académica se

manifiesta de diversas formas. Generalmente, señala Cole (1983), las estrellas de una determinada disciplina ocupan los principales puestos de guardianes. Mediante sus actos como guardianes evaluadores, determinan qué trabajo es considerado bueno y cuál no es importante. Como consecuencia, emergen liderazgos y presencias que son quienes se constituyen determinan quién es admitido en una comunidad en particular y quién debe ser excluido,

5. POLÍTICAS CONDICIONANTES DE LA VIDA ACADÉMICA.

Actualmente la cultura académica universitaria está siendo en esencia violentada por una serie de criterios propuestos externamente para dirigirla hacia una concepción de calidad sustentada en el trabajo personal, que determina calificar para obtener el reconocimiento oficial para así acceder a los beneficios del programa, de los que se puede disfrutar por el hecho de pertenecer a ese órgano legitimador, no obstante, la naturaleza de los criterios con que se califica, básicamente de tipo cuantitativo, ha llevado a establecer como algo cotidiano una especie de doble moral entre los beneficiados.

La presencia desde hace un buen tiempo de este tipo de políticas que privilegian la competencia a ultranza entre los académicos, el individualismo, la “calidad” en términos de puntos logrados por “productos académicos” que se ven reflejados en incentivos económicos y en reconocimientos, En este escenario, los programas de acreditación, de estímulos al trabajo académico, el otorgamiento de becas e incentivos, la asignación de plazas, etc, son elementos rectores que van permeando la cultura académica y generando vicios, como son la simulación y algo que podríamos llamar “canibalismo académico”, que contradice todo espíritu de solidaridad, respeto y autonomía de la cultura universitari

En el caso de México, implica ser maestro con perfil PROMEP (Programa de Mejoramiento del Profesorado), pertenecer al sistema Nacional de Investigadores (SNI), formar parte de un Cuerpo Académico Consolidado (SEP), o bien tener acceso a becas o estancias por movilidad internacional si se pertenece a un programa de Posgrado inscrito en el Programa Nacional de Posgrado (PNP) del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT); También cuenta el trabajar en programas acreditados, etc.

Las metas establecidas por Promep, afirma Ibarra Colado, apuntan más a la necesidad de cumplir una norma que a la intención de modificar sustantivamente una realidad. La orientación desmedida hacia el cumplimiento de metas numéricas por encima de las exigencias reales de rigor y calidad, podrían estar impulsando ya el relajamiento de los programas de posgrado bajo modalidades fast track, donde lo que importa es terminar a tiempo y sin importar como. Si no se atiende esta dificultad, los programas de posgrado producirán una tremenda explosión de maestros y doctores de papel, que contarían con el diploma respectivo engrosando las estadísticas oficiales, pero sin haberse transformado cualitativamente como sujetos capaces de producir y comunicar conocimiento original. En el largo plazo los certificados no serán garantía de que se poseen las capacidades formalmente definidas. (Ibarra, 2002 citado por Guzmán s/f)

Esta situación, por otra parte, se articula a lo que Becher (2001) asume como la adhesión a la moda como recurso de proyección personal y académica; este investigador sugiere que una forma en la que los académicos encuentran de manera mas rápida y eficaz su propia reputación es a través de un tema de moda, puesto que

ésta es la manera de demostrar que se ha progresado en el conocimiento. La moda, es un aspecto dominante de la vida académica, que toma varias formas y tamaños. Dice el mismo Becher, que pueden considerarse como maneras de vivir el cambio intelectual, entre ellas menciona la promoción a través del sistema de reputación, un reconocimiento diferencial, la evaluación a través de la revisión de pares, la conformación de las redes; estos son diversos aspectos de la vida académica colectiva, y son proyecciones en un entorno particular, de fenómenos sociales cotidianos.

6. CONCLUSIONES.

Las políticas académicas de las universidades debieran considerar todas las cuestiones antes mencionadas, son ellas las que pueden condicionar o posibilitar en gran medida el nivel de impulso y los límites a las acciones en beneficio del rescate de la diversidad, que por supuesto no es exclusiva de los académicos, al interior de las instituciones. Mediante ellas se pueden marcar rumbos, así como definir y redefinir las tendencias que propicien ambientes positivos para quienes ejercen el trabajo académico. Por supuesto que todo esto bajo el reconocimiento de que estas políticas conforman de manera significativa la cultura académica en la que alumnos y profesores están inmersos.

Todo lo anterior nos permite advertir la importancia de observar cómo se presenta este fenómeno de vida y cultura académicas en situaciones específicas, por lo que en este caso se ha considerado importante abordar cómo es que esta cultura académica sufre los embates de políticas que ponen en riesgo muchos de los valores que son propios de esta actividad.

Es muy importante tener en cuenta que el enfoque multicultural abre grandes posibilidades de un abordaje del estudio de la vida académica de los profesores universitarios para una mejor comprensión de la naturaleza misma de su ejercicio profesional, así como de los procesos institucionales y de carácter político en los que la autonomía y la calidad suelen ser incorporados como parte del discurso cotidiano

Ante el hecho de que la cultura académica presenta una realidad en la que está presente la diversidad, debería promoverse positivamente el desarrollo de comunidades académicas que combatan la conformación de redes cerradas y democratizan más los espacios universitarios. Es necesaria la conformación de comunidades disciplinares convergentes (Becher, 2001) y de redes ligadas interna y externamente por una ideología que promueva solidaridad, democracia y respeto por la diversidad, hacia la consolidación de una cultura académico universitaria cada vez más comprometida con la sociedad y con su tiempo, y que ante todo pugne por reposicionar los valores humanos y fortalezca la presencia de la autonomía universitaria como elemento imprescindible de la razón de ser de la universidad

Es imprescindible que los valores humanos y académicos se recuperen y se compartan, exentos de la consideración de tradiciones académicas exclusivas y excluyentes, en donde la solidaridad esté presente como elemento de aglutinamiento en torno a propósitos comunes, evitando la proliferación de grupos divergentes cuyas redes carecen del sentido de cohesión y de la identidad compartida.

Con lo hasta aquí expuesto, consideramos que existe una urgencia de intentar la reivindicación del trabajo académico y la recuperación y/o afianzamiento de los valores

y realidades que le son propias, en el respeto absoluto de la autonomía y la diversidad como expresiones inherentes a la vida universitaria.

y de redes ligadas interna y externamente por una ideología que promueva solidaridad, democracia y respeto por la diversidad, hacia la consolidación de una cultura académico universitaria cada vez más comprometida con la sociedad y con su tiempo, que ante todo pugne por reposicionar los valores humanos y fortalezca la presencia de la autonomía universitaria como elemento imprescindible de la razón de ser de la universidad

7. BIBLIOGRAFÍA.

AGUADO ODINA, T., *Educación Multicultural. Su teoría y su Práctica*. Cuadernos UNED. Madrid, UNED, 1996.

Aguado Odina, T., *La educación Intercultural: concepto, paradigmas y realizaciones*. En M.C. Jiménez Fernández. *Lecturas de Pedagogía Diferencial*. Madrid, Ed. Dickinson., 1991.

Aguado Odina, T., *Pedagogía Diferencial: Educación Multicultural*. Proyecto docente (inédito). Madrid, UNED, 1994.

Becher, T., *Las disciplinas y el académico*. En revista *Universidad Futura*. Vol 4, núm 10. México, UAM Unidad Azcapotzalco, 1992.

Becher, T., *Tribus y Territorios Académicos*, Madrid, Ed. Gedisa, 2001.

Becher T., *Las disciplinas y el académico*. En revista *Universidad Futura*. Vol 4, núm 10. México, UAM Unidad Azcapotzalco, 1992.

Burton Clark, R., *El sistema de Educación Superior*. México, ed. Nueva Imagen, 1991.
Giroux, H. y Flecha, R., *Igualdad Educativa y Diferencia cultural*. Barcelona, Edit. El Roure, 1992.

García Canclini, N., *Culturas híbridas*. México, Edit. Grijalva, 1990.

Guzmán Acuña, T. J., *Cambio, Renovación o Simulación: Profesión Académica y Promep*. México Universidad Autónoma de Tamaulipas.
<http://www.promep.uat.edu.mx/promep09/subgestion/Documentos/Curriculum%20Teresa%20Guzman%20Acu%C3%B1a.pdf>. Fecha de consulta 07 de abril de 2010.

Porter, L., *La universidad de papel. Ensayos sobre la educación superior en México*. México, CIICH, 2003.

Sánchez, M. E., *Cultura e identidad frente a la globalización*. En revista "Utopías". México, Universidad Iberoamericana, año 2 núm, 1995.